

La identidad del bibliotecario

que labora en la Universidad Autónoma del Estado de México

Vivero Domínguez, Carmina. Doctora en Bibliotecología y Estudios de la Información por la UNAM. Perteneció al SNII, es docente en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.



Fotografía 1: Enríquez Zaragoza, Jonathan Yair. Biblioteca de Área Rafael López Castañares. 27 de abril 2022.

Resumen:

Este artículo es una reflexión sobre la percepción social que minimiza el papel del bibliotecario, al considerar que su labor no requiere formación profesional. Esta visión, arraigada en el imaginario social, proviene del origen empírico de la profesión y se refuerza al observar actividades prácticas como el acomodo de libros o la vigilancia del reglamento en las bibliotecas. La autora plantea la necesidad de revalorizar la figura del bibliotecario, cuestionando quién es realmente este profesional y qué habilidades posee que lo distinguen, con el fin de dignificar su labor y modificar los estereotipos que aún persisten.

Introducción

Frecuentemente se escucha decir que si para ser bibliotecario es necesario estudiar. ¿De dónde surge este cuestionamiento que parece ser tan común? El imaginario social es el causante de propiciar estas ideas de forma colectiva debido, entre otras cosas, a pensamientos que se van enraizando acerca de la profesión y que, de alguna manera, definen su dirección. De acuerdo con Castoriadis (1994) "mediante el imaginario social sabemos quiénes somos, y qué papel debemos desempeñar en la sociedad" (p. 69). Así, el imaginario social cobra importancia en una profesión porque es un factor que determina su presencia y en gran parte el rumbo de ésta.

Distintas situaciones pueden ser las causantes de este imaginario; sin embargo, una de ellas cobra bastante relevancia, por lo que es importante mencionarla en este escrito, y se refiere explícitamente al proceso histórico por el que ha tenido que pasar la formación bibliotecaria. Y es que, si bien todas las profesiones atraviesan por una trayectoria histórica, de constitución y de evolución, para el caso de los bibliotecarios, su origen como actividad empírica define

la posición en que se les mira y califica socialmente. En ese sentido, tampoco se han salvado de ser cuestionados los bibliotecarios que laboran en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx), pues ha sido común escuchar interrogantes acerca de los estudios previos a su desempeño profesional.

Ahora bien, quizá esta situación se vuelve notoria cuando los usuarios perciben al personal bibliotecario realizando actividades de acomodo de libros, o bien solicitando cumplir el reglamento establecido de las bibliotecas donde, entre otras cosas, sobresale guardar silencio y comportarse adecuadamente; lo que en ocasiones puede representar, para quien los observa, que se trata de tareas prácticas que distan mucho de basarse en estudios teóricos. En otras palabras, podrían intuir que el hacer tiene prioridad sobre el pensar y que, por lo tanto, cualquier persona puede estar al frente de las bibliotecas, sin necesidad de poseer estudios universitarios.

Cuando esto sucede, se obtiene como resultado que se mantenga en la memoria colectiva un estereotipo con poco mérito. De ahí que es importante valorar al profesional bibliotecario a partir de las

siguientes preguntas: ¿quién es?, y ¿qué sabe hacer que difícilmente cualquier persona lo pueda realizar también? Estas son sin duda interrogantes indispensables que, de tener respuestas certeras, pueden reorientar el imaginario social de la profesión.

Por ello, para buscar reivindicar el lugar que merecen los bibliotecarios es de suma relevancia saber cómo se definen y así entender exactamente lo que implica esta labor. Haciendo alusión a conceptos pasados, desde hace varios años, Iguiniz, (1959) describía al bibliotecario como:

Funcionario de orden público que tiene a su cargo la dirección, conservación, organización y funcionamiento de una biblioteca, o que desempeña en ella funciones diversas, tanto técnicas como administrativas. El bibliotecario es el alma de la biblioteca, es decir, el organizador de los tesoros intelectuales que tiene a su cargo, para ser debidamente utilizados, el colaborador de los hombres de estudio en sus trabajos e investigaciones, el divulgador del saber entre las clases sociales y el educador real y efectivo del pueblo. Su profesión tan digna e importante como la del maestro, requiere ante todo vocación decidida, buena cultura, y conocimientos técnicos, aparte de diversas cualidades morales como educación, honorabilidad, trato social, método y actividad (p. 46).

De acuerdo con esta designación, y a pesar de tener más de sesenta años de haber sido escrita, queda claro que el bibliotecario es un profesional que cumple una tarea primordial dentro de la sociedad, por lo que requiere de cualidades específicas que le permitan desempeñar el cargo. Al respecto, y en palabras de Rodríguez Gallardo, (2001) "la bibliotecología, desde sus inicios, se relacionó con hombres ligados a cuestiones culturales como la religión, las letras y, en menor medida, las ciencias" (p. 233).

Otra situación que afecta el imaginario social de los bibliotecarios, y en un momento dado su identidad, tiene que ver con las diferentes denominaciones que se le da a la profesión, lo cual confunde en demasía. A propósito, Charles Niño y Arguelles Ávila (2006) opinan que:

Bibliotecario o bibliotecólogo, bibliotecario o científico de la información,
Bibliotecario o documentalista, bibliotecario o recuperador de información, Bibliotecario o acomoda libros, bibliotecario o llegué aquí por accidente,
Bibliotecario o nada más había esta plaza, bibliotecario o no se necesita estudiar para trabajar en la biblioteca. (p. 159).

¿Realmente son necesarias tantas designaciones? Esto ocasiona en la sociedad el desconocimiento de su presencia como profesión y agrega dudas a la constante interrogante de si es necesario estudiar para ser bibliotecario. Además, suscita que los usuarios se limiten a llamarlos encargados de la biblioteca. Es importante poner atención a estas situaciones porque, si bien existe el imaginario social y difícilmente se erradicará, este no puede afectar más allá; es decir que los bibliotecarios deben reconocerse a sí mismos como profesionales, o bien como empíricos que desarrollan un trabajo importante en el mundo de la información y la investigación de cualquier persona con deseos de adquirir conocimiento.

Y es que, en lo que concierne al sistema bibliotecario de la UAEMéx, se cuenta con personal empírico que lleva una vida entera trabajando de manera eficiente detrás de un mostrador, manteniendo en pie los estantes con libros y, por supuesto, solventando las necesidades de información de los usuarios. Por si esto fuera poco, también se dispone de bibliotecarios que se han formado en mismas aulas universitarias pues, desde 1992, la Licenciatura en Ciencias de la Información Documental, la cual se encuentra en la Facultad de Humanidades, es la encargada de profesionalizar a quienes desean adquirir dicho perfil y, con ello, desempeñarse en las tantas posibilidades que esta carrera ofrece.

Cabe resaltar el compromiso que la UAEMéx ha adquirido con sus bibliotecarios desde hace varios años, ya que los reconoce como profesionales capaces de administrar las 57 bibliotecas con las que cuenta, además de la biblioteca digital que expande las posibilidades de acercar la información, al tiempo que sobrepasa cualquier muro físico. Sin lugar a dudas, todos estos esfuerzos que realiza la Universidad contribuyen a forjar una identidad profesional, la cual inicia desde la etapa como estudiantes y continúa cuando se ejerce. De ahí que es importante, en primera instancia, visibilizar la Licenciatura en Ciencias de la Información Documental como espacio de formación académica y, por supuesto, continuar con la mejora a las condiciones de trabajo de los bibliotecarios, con el objetivo de que hacia el exterior se reconozca y valore su labor.

Para intentar cambiar la óptica desde donde se mira al bibliotecario es necesario plantearnos cómo visibilizar la profesión y, por ende, ayudar a contrarrestar ese imaginario social. Actualmente, al tener una base educativa y ser un profesional con título, el bibliotecario posee la garantía de la institución en la que estudió de poder desarrollar crítica intelectual y análisis de soluciones a los problemas que se le presenten en el ámbito laboral. En resumen, la universidad no lo faculta únicamente para que acomode libros en una biblioteca, por lo que resulta relevante reconocer los estudios universitarios que lo respaldan.

Otro aspecto no menos importante consiste en buscar trabajar de manera colaborativa con diferentes disciplinas, pues el fortalecimiento de cualquier profesión está ligado, entre otras cosas, a lo multidisciplinario. Las redes favorables que se puedan dar en cooperación ayudan a difundir y apreciar el trabajo tanto de manera individual como grupal. Todo esto aumenta la integración de los profesionistas dentro de la comunidad académica.

Por tal motivo, reforzar la identidad es tarea diaria y comienza en las aulas. Si el estudiante no se siente identificado desde un principio con su profesión, lejos de difundirla y hablar bien de ella, quizá llegue a expresar lo negativo; o algo aún peor, si continúa con sus estudios, existe la posibilidad de una baja motivación profesional que se irá perpetuando de generación en generación. En este sentido, hay que evitar llegar a lo que opina Villanueva (2006):

La causa no estriba en factores externos, sino objetivamente en el mismo profesional, quien sufre el estigma constante de estudiar, trabajar y vivir de una profesión que ante la sociedad y muchas veces ante los mismos colegas es menospreciada y no valorada (p. 24).

Por eso, para los bibliotecarios reconocer su proceso histórico será una constante, pues es necesario percibirlo como una sucesión de hechos que han evolucionado. De ahí que cabe señalar y valorar la presencia de los bibliotecarios empíricos, que son el antecedente de los bibliotecarios universitarios. Si bien son personas sin estudios teóricos en el área de las bibliotecas, esto es porque son el resultado de haber actuado en consecuencia ante necesidades de información que presentaba la sociedad, y que se tenían que cubrir a pesar de que aún no existieran las posibilidades de formarse desde el aula universitaria.

A manera de conclusión y, a la vez, de reconocimiento, los bibliotecarios empíricos fueron quienes impulsaron aún más la idea de buscar una profesionalización que permitiera organizarse y lograr criterios en beneficio de las bibliotecas. Lejos de ser algo que pudiera perjudicar la imagen e identidad, lideraron los primeros intentos por ocuparse de preservar la información que se encuentra en los libros: el hacer tuvo prioridad sobre el pensar. Ese origen empírico y la continuidad sin bases teóricas incentivaron el compromiso por reflexionar y teorizar para contar con las bibliotecas de la calidad que hoy se tienen, mismas que actualmente responden a los cambios multicultural.



Fotografía 2: Enríquez Zaragoza, Jonathan Yair. Biblioteca de Área Rafael López Castañares. 27 de abril 2022.

Bibliografía:

- Castoriadis, Cornelius (1994). *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. España: Gedisa.
- Charles Niño, Erika y Prisciliano Arguelles Ávila (2006). *Memoria del Sexto Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas. La red nacional: evaluación de sus programas. Sobre la formación de los bibliotecarios públicos para el fortalecimiento de la infraestructura bibliotecaria nacional*. Zacatecas: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Igúiníz, Juan B. (1959). *Léxico Bibliográfico*. México: Biblioteca Nacional de México.
- Rodríguez Gallardo, Adolfo (2001). *Formación humanística del bibliotecólogo: hacia su recuperación*. México: UNAM-CUIB.
- Villanueva, Leslie (2006). *Motivación y creatividad para la bibliotecología de hoy*. Buenos Aires: Alfagrama.